



Urtain, Perugino y las cotorras argentinas

Don Víctor: Desde aquí, don Hugo, en este contexto, si hasta parece digna la Almudena... con lo rematadamente fea que es de cerca.

Don Hugo: ¿Qué le hubiera costado a Felipe V encargarse también a Juvara una basílica acorde?

Don Víctor: ¡Como la de Superga!... en vez de este mausoleo de pastiche. Qué bien habría encajado aquí un buen barroco italiano.

Don Hugo: Calle, don Víctor, ¿qué es ese estrépito? Si parece una película de Tarzán. ¡Malditas cotorras argentinas! Vaya una plaga...

Don Víctor: Y tanto, como que están desplazando al resto de los pájaros. Éstas, desde luego, no encajan aquí ni en broma.

Don Hugo: Y sin embargo, cómo se crecen, cómo avasallan... ¡Qué

desvergüenza!

Don Víctor: Es que o eso o morir en un contexto inhóspito... ¿Acaso no fue el terror a la pobreza lo que espoleó a Perugino a superarse a sí mismo y, de paso, a todos los pintores de la Umbria?

Don Hugo: En cambio, de qué modo se equivocó el pobre Urtain cuando dejó su caserío embaucado por quienes le prometieron el dinero y la gloria del ring.

Don Víctor: Ese gebo tan sano e ingenuo trasplantado a la sordidez del cine negro americano...

Don Hugo: Es como aquel aborigen de "Donde sueñan las verdes hormigas", de Herzog, que no paraba de hablar en toda la película y al que, sin embargo, llamaban el mudo...

Don Víctor: ¡El último hablante de una lengua destinada a morir con él!